

Suplemento Fotográfico
DE
LA TRIBUNA
DIARIO DE LA MAÑANA
SAN JOSE, COSTA RICA



El Criminal y el Sabio

por
Lee Watt

MUCHOS acusaban al detective Morton de ser un hombre cruel. Pero la acusación era injusta. La actitud de Morton hacia los criminales y sus crímenes era puramente intelectual; el detective no ponía sentimientos personales en sus pesquisas, ni se regocijaba con el castigo de los delincuentes.

Consideraba, sí, que la sociedad necesita defensores. Y la defensa.

Su sistema filosófico era muy sencillo; creía que la gente debía someterse a la ley para su propia tranquilidad. Así como existen genios del crimen, deben también existir genios de legalidad. Pero entre estos últimos Morton no incluía a los cri-

minalistas. Un criminalista, decía, sólo está separado del gran criminal por una débil frontera mental que en cualquier momento puede ser franqueada. Los criminalistas razonan en sus estudios como los criminales tratan de identificarse con ellos; es decir, se habitan a la manera de pensar de los delin-

cuentes. En todo criminalista hay, entonces, un criminal en potencia.

El jefe de policía, superior de Morton y uno de sus mejores amigos, solía reprocharle cordialmente:

—Es usted demasiado severo, amigo Morton. No, no quiero decir que se muestra cruel con sus semejantes. Pero ¿por qué esa manía

de adivinar posibles criminales en todos los hombres de ciencia?

Morton sonreía y se limitaba a contestar:

—No olvide usted que el ermen es también una gran ciencia, o, por lo menos, un gran arte.

Eso tarde Morton se hallaba sentado ante una mesa de la más lujosa confeitaria parisiense. Le acompañaba un joven en quien el detective presenta a otro futuro gran servidor de la ley.

El joven, llamado Jorge Lametrec, miró fijamente a Morton, tratando de explicarse el motivo de la característica sonrisa que en ese momento contraía los labios del detective. Aquella sonrisa asomaba a los labios de Morton siempre que alguna "presa" se hallaba cerca.

Jorge Lametrec pasó la vista por el salón, y no descubrió ningún sujeto sospechoso entre los personajes que volaba los ojos a Morton interrogándolo con la mirada.

Morton se apresuró a contestarle: —Mire al caballero sentado a dos mesas de la nuestra, Lametrec. Es Paul Lambert, el gran investigador científico.

—Lo he visto. No creo que nadie pueda descubrir en él un individuo sospechoso. Tiene todo el aspecto de un hombre de ciencia.

Morton asintió con un movimiento de cabeza y prosiguió:

—Mire ahora al hombre sentado otras dos mesas más allá. Es un ladrón internacional. Comenzó su carrera siendo espía; pero parece que sus nuevas actividades le dan mejores resultados. Ahora está empeñado en realizar una gran "empresa".

—¿De qué se trata?—inquirió Jorge.

—Paul Lambert trabaja actualmente en la preparación de un suero contra la enfermedad del sueño. La explotación de ese descubrimiento científico representará una gran fortuna. Quizá ese ladrón internacional no lo ignore... ¿Entiende usted, ahora?

—Más o menos—contestó Jorge.—Pero ¿Paul Lambert no explota su descubrimiento?

—No, Paul Lambert sufrió el año pasado un rudo golpe moral. Había adoptado, muchos años antes, a una niña abandonada por sus padres en las calles de París. La niña, convertida ya en mujer, comprendió toda la bondad de Lambert y le profesó una devoción rayana en la esclavitud. Coidó de él con amor filial, le ayudó en todas sus empresas y llegó a ser una eficaz colaboradora del sabio. Lambert tiene el laboratorio en su propia casa. Tenía como ayudante a un hombre llamado Ronsard, quien se ocupaba de todos los asuntos que por su exceso de trabajo Lambert no podía atender personalmente. En más de una ocasión, Ronsard ayudaba a Lambert en aquellos experimentos que requerían especial cuidado. Deba advertirle que Ronsard era un hombre apuesto y simpático.

—Yo no intervengo en el asunto. Sé, por mis colegas, cuáles fueron las declaraciones de Lambert luego de desarrollada la tragedia. Ronsard llevaba ya dos años de empleo en su casa cuando sucedió lo que voy a contarle.

—Una día se recibió en el despacho del jefe un llamado de Lambert requiriendo la inmediata presencia de las autoridades policiales en su laboratorio. Cuando llegaron a la casa, nuestros hombres encontraron

en el sótano donde Lambert guardaba su material de experimentación los cuerpos de Ronsard y Cleda—así se llamaba la joven—extendidos en el suelo. Ambos estaban muertos. Ronsard presentaba una profunda herida en el pecho. El arma homicida un cuchillo—estaba todavía en la diestra de la muchacha. Cleda aparecía con la base del cráneo fracturada. Había caído hacia atrás, seguramente, golpeándose la cabeza contra la escalera de cemento que comunicaba el sótano con las habitaciones superiores.

El joven discípulo de Morton no parecía conmovido. Estaba acostumbrado a los relatos de esa naturaleza. En más de una oportunidad había debido presenciar escenas tan horribles como aquella.

Morton prosiguió: —Nuestros colegas no necesitaron hacer gran gasto de inteligencia para descubrir las causas de la tragedia; un hombre apuesto, una muchacha bonita, un amor secreto, la consecuencia fatal de la vida en común. Ronsard habría seducido a la joven negándose luego a casarse con ella. Cleda, angustiada, no atreviéndose a confesarse la verdad a su protector, insiste para que Ronsard la haga su esposa. Por último, la entrevista en el sótano. Exigencia por parte de la muchacha; negativa por parte de Ronsard. Cleda se desespera, Ronsard se burla de ella. La muchacha, fuera de sí, toma el cuchillo que encuentra sobre una mesa, se abalanza sobre Ronsard, lo hierde. La lucha tiene lugar en la obscuridad. Ronsard, antes de caer, hace una última tentativa para arrancar el arma de las manos de la joven. Forcejean. Cleda se hacia atrás, su cabeza choca rudamente contra la escalera.

"Lambert, extrañado por la larga ausencia de Cleda, baja al sótano. Descubre la tragedia que le sorprende y hierde dolosamente sus sentimientos humanitarios de sabio y su afecto de padre adoptivo... Desesperado, llama a la policía y sólo haciendo grandes esfuerzos para dominar su emoción y sus lágrimas consigue suministrar los antecedentes que se le requieren."

Jorge Lametrec miraba ahora con

honda simpatía al hombre de ciencia. Un drama pasional de esa naturaleza y de tan terribles consecuencias debía, necesariamente, amargar al sabio por el resto de sus días e inspirarle el más severo de los juicios. Paul Lambert tenía derecho a negar todo sentimiento bondadoso a los hombres. La ingratitude de Ronsard, la debilidad de Cleda, eran recuerdos suficientemente penosos para desalentarlo en sus investigaciones. Tal vez por ello el sabio no se había resuelto todavía a divulgar el descubrimiento que de tan gran utilidad sería a la ciencia médica. ¿Mercedian los hombres que él les ayudase a combatir sus males físicos? ¿Valía la pena explotar ese descubrimiento y obtener fortuna? ¿Para qué, para qué, si su Cleda había muerto?

Jorge Lametrec murmuró: —Un hombre apuesto, una muchacha bonita y hermosa. ¿Qué otra cosa podía esperarse de ellos? ... Morton cabeceó:

—Ronsard y Cleda no me interesan. Lo único que lamento es el dolor de Lambert, de ese bienhechor de la especie humana.

En la mesa cercana, Paul Lambert parecía sumido en hondas reflexiones y tenía la mirada perdida en el vacío. De cuando en cuando, su diestra buscaba mecánicamente la copa de alcohol y la llevaba a los labios.

Jorge observó entonces al otro hombre de quien hablaba Morton: el ladrón internacional. Ese hombre simulaba no prestar atención a Lambert. Fumaba tranquilamente un cigarrillo y observaba a través de los cristales del piso de los transeúntes por la acera. Jorge concluyó que aquel individuo debía haber sido un perfecto espía, pues demostraba poseer el arte de fingir una absoluta indiferencia hacia cuanto le rodeaba.

Algunos minutos después, terminada su copa de alcohol, Lambert se incorporó. En ese momento el otro individuo leía un periódico. Cuando Lambert hubo traspuesto el umbral de la confeitaria, el ladrón internacional llamó al mozo, pagó el importe de lo bebido, y salió tomando la misma dirección que el sabio.

Morton dijo rápidamente a Jorge:

—Sígalo. Averigüe dónde vive y tráigame el dato.

Jorge obedeció. Siguió al ladrón que, a su vez, seguía a Lambert. El sabio llegó a su casa. El espía disminuyó su marcha, examinó sin detenerse el frente de la casa y continuó andando con naturalidad.

Media hora después Jorge había averiguado dónde vivía aquel sospechoso sujeto, y regresaba al lado de Morton con el dato pedido.

Morton le dio entonces estas instrucciones:

—No lo pierda de vista. Siempre que ese individuo entre en algún lugar donde usted no pueda entrar, espérralo en la puerta. Entréme dos veces al día de la marcha de su persona.

Jorge cumplió las indicaciones de Morton por espacio de varios días. A veces se cansaba de aquella pesquisa, pero sin desmayar. Sabía que la paciencia es una de las primeras virtudes de todo detective. Le desesperaba, sin embargo, no comprender al espía en ninguna actividad sospechosa. Y llegó a preguntarse si no estaría perdiendo el tiempo.

Un día, por fin, cuando se presentó ante Morton para darle las informaciones correspondientes, el detective le dijo:

—Nuestro amigo el espía va a realizar su tentativa esta noche. Iremos allí, Jorge, y presenciaremos transcurridamente.

—¿Eh?—bostezó Jorge.—¿Cómo se ha enterado usted?

Morton le palmó el hombro contestándole:

—No se apure, Jorge. Aprenda a tener calma.

Esa noche, mientras se dirigían a casa del sabio, Jorge preguntó:

—¿El señor Lambert sabe algo de todo esto?

—Nada—contestó Morton.—Será para él una verdadera sorpresa. Lambert es demasiado nervioso; por ello no quisiera ponerlo en antecedentes de mi plan. Quiero tomar al tipo con las manos en la masa. Si Lambert sospechase la verdad, lo echaría todo a perder. Y ahora, silencio...

Llegaban a la casa.

Morton probó dos llaves en la cerradura de una puercita lateral. La segunda hizo funcionar el mecanismo. Morton empujó la puerta y entró, seguido de Jorge, a un obscuro pasillo. El detective cerró la puerta.

Avanzaron a tientas hasta llegar a otra puerta que Morton abrió con la misma facilidad. Penetraron entonces en una habitación. Jorge tuvo la sensación de hallarse en un local espacioso, pero atestado de cajas. Morton le explicó en voz baja:

—Este es el depósito. Ahí, en la pared de enfrente, hay una puerta que da al sótano donde sucedió la tragedia y donde Lambert guarda su secreto...

Más de una hora esperaron en silencio, escondidos entre las pilas de cajas. Jorge comenzaba a sospechar que Morton se había equivocado. El había seguido al ladrón durante una semana, casi sin perderlo de vista. ¿Cómo podía entonces ser Morton quien estuviese enterado de los planes del sujeto?

De pronto, se oyó un leve ruido rumor. Alguien abría la puerta de calle y avanzaba por el pasillo. Ahora el rumor se reproducía en la puerta de la habitación. La puerta se abrió suavemente... El desconocido salvaba los obstáculos con naturalidad y

(Continúa en la página 6)

Cuántos errores ha cometido el dibujante?



Para poner a prueba su dón de observación, anote Ud. los errores encontrados, y al terminar, compárelos con la solución en la página sexta.

LA SENCILLEZ EN LOS AMUEBLADOS

Uno de los grandes obstáculos del decorador es ocupar adecuadamente los ángulos de las habitaciones, lográndose con los muebles modernos efectos atinados y atraentes.



En este ángulo de tendencia cubista, se hallan reunidos varios muebles y elementos indispensables, poniendo al alcance de la mano libros, álbums, el teléfono y los indispensables útiles para fumar.



Todo invita al reposo y a las charlas confidenciales en este rincón ideal donde los cómodos divanes tienden sus seducciones al visitante.



Los lechos gemelos han sido la desoperación de los artistas decoradores incapaces de eliminar su monotonía, pero el famoso dibujante Lucien Bernard presenta ahora una manera original de colocarlos en un ángulo, dejando disponible el resto de la habitación.

La tendencia de crear una atmósfera de "comfort" en las salas de recepción de los grandes establecimientos bancarios o comerciales se pone en relieve en la forma como un gran banco de Viersa ha amueblado sus antecámaras.



Este cómodo conjunto forma el rincón preferido de un magnate automovilístico pudiendo mencionarse como novedad la austera sencillez de los sillones de metal bruñido.



arios de la Nueva Rusia

insky Daladier



En aras de la teoría del eugenismo, se convierte el baile en un culto.

cos, para complacer a las exigencias de los directores, más nunca me ha sido dado observar nada ni remotamente parecido al espectáculo entreciuto en esa desvencijada casa de la vieja Moscú.

Durante hora y media, el grupo de muchachas danzando en perfecta armonía ejecutó todo lo que la humana imaginación puede idear, sin demostrar cansancio ni fatiga alguna, ni fallar en un sólo paso.

Un movimiento representaba las ondulaciones de un campo de trigo al soplo de la brisa. Otro simbolizaba el trabajo del arado, y de la cultivadora. Luego, surgió

la caballería del ejército rojo, la plácida marcha de los boteros del Volga, las desordenadas carreras de los cosacos. Se simbolizaron mil escenas callejeras de las ciudades, y grotescos dramas de la aldea.

Mientras en los escenarios, el desnudo es prohibido, las muchachas que tenía ante mí no tenían ropaje alguno, y tal era la seriedad del ejercicio a que se hallaban sometidas, que sus rosados cuerpos empapados en sudor no parecían sentir el rigor de la atmósfera.

Mi asombro no tuvo límites al oír las explicaciones de mis guías. Ninguna de esas muchachas estaba destinada a bailar en ningún teatro. Forman simplemente la vanguardia que saldrá a ejecutar sus bailes en los clubs populares, de soldados y pasanos colocando ante ellos un nuevo ideal de feminidad desarrollada físicamente a un grado insuperado hasta ahora en la historia de Rusia y que acompaña con el nuevo ideal de progreso mental.

Entenderán la cruzada en



baile como la salvación de la especie.

tando hasta las aldeas más apartadas, y el privilegio de llevar así la nueva doctrina a las masas está reservado solamente a las más hábiles. Observé a las muchachas, saliendo de la escuela, envueltas en los toscos abrigos y caladas con las altas botas de fieltro que protegen los pies contra la nieve y pude ver en su paso firme y desenvuelto, la misma gracia ágil contemplada en los múltiples ejercicios en que las había admirado.

Terminada la clase, comenzó otra igual. Mañana, tarde y noche, sin interrupción, se suceden los grupos, repitiendo los mismos ejercicios. Casi todas las muchachas trabajan en las mismas fábricas o talleres, acudiendo a los cursos antes o después de sus tareas más serias. Ninguna habla por elegancia o afición.

No puede evadirse la respuesta de que el baile, tal como lo enseña la escuela de Vera Maia tiene un fin utilitario, al igual del teatro y del cine de la nueva Rusia, mas cabe preguntar si los tres sufrirán en su belleza, y se vulgarizarán al ser considerados sistemáticamente como educación en vez de como espectáculo.

Quizás la fantasía actual no pase nunca a cristalizar en la forma que ambicionan sus promotores, mas hoy día todo ser tiene el privilegio de poder ensayar sus habilidades o méritos en Rusia. Andando el tiempo, el baile se encasillará naturalmente en cierta dirección, sin correr el riesgo de extraviarse, pero hoy, el caudal de ideas y de impresiones es torrencial, fluyendo con desordenada fantasía como un río desbordado a través de las estepas.

La revolución tuvo decisiva influencia en alterar el antiguo carácter del baile ruso, pues todos los bailes modernos tienen base calisténica, tratando de traducir las ideas menos maleables. Hay sin embargo un punto en el cual no estoy de acuerdo con los entusiastas del baile y es la creencia de que el espectáculo de las bailarinas, ejecutando su programa ante los públicos proletarios no tengan llamamiento sensual. Cuando discutí eso con una rusa, hija de madre francesa y padre moscovita, me repuso sencillamente—Ustedes no comprenden la psicología del pueblo ruso.

Le di la razón a medias, pues aunque soy fanático admirador del pueblo ruso, y que lo considero el pueblo más artista del planeta, mucho temo que cualquier día un grupo de trabajadores, o labriegos, al ver a las bailarinas al natural, se precipite sobre el escenario, y rapte a las misteriosas del culto eugenico. La disciplina, severidad es severa y ha podido conservar el orden en más de una emergencia, pero considerando el pro y el contra del problema, me confirmo en mi opinión.

Con los treinta que proyectan, unas muchachas guapas, limarse propagandistas o educadoras, no podrán hacer olvidar que

El Criminal y el Sabio

(Viene de la página 2)

rápidos sólo comparable a la de Morton. Pero Jorge no se extrañaba por ello. El descomulgado había sido espía; nada más lógico que pudiese metrerse en casa ajena como si se tratase de la suya.

Vieron que el ladrón revisaba febril las mesas de experimentación, examinando probetas, abriendo cajitas metálicas. Por último, sus manos enrobaron una botella; sus ojos relampagueaban triunfantes.

Institivamente, Jorge hizo además de precipitarse al sótano para apresar al ladrón. Pero Morton le clavó las uñas en el brazo, obligándole a permanecer quieto.

Un instante después, el ladrón avanzó hacia el cuarto donde se hallaban los detectives. De pronto tropezó, pareció tambalear, lanzó una exclamación y cayó pesadamente sobre el pavimento. El grito y el ruido de la caída debían haber sido oídos en las otras habitaciones de la casa.

Morton seguía sujetando el brazo de Jorge. Al cabo de algunos segundos percibió el rumor de otra puerta que se abría. Era la puerta ubicada en el alto de la escalera de cemento. Al mismo tiempo la voz de Paul Lambert inquiría trémula: —¿Quién está ahí? . . . ¿Quién está ahí?

No obteniendo respuesta, el sabio bajó la escalera y aranzó en el sótano. La puerta que había dejado abierta permitía el paso de la luz de la estancia por donde había aparecido. Gracias a la luz los detectives pudieron ver claramente el cuerpo del ladrón extendido a un lado de la escalera. Y vieron también que Lambert, pálido, estupefacto por un suceso evidentemente violentísimo, contemplaba aquel cuerpo caído con ojos desmayados de terror. Y en seguida le oyeron gritar:

—¡Cleda! ¡Cleda! . . . ¡Fué sin querer! . . . ¡Fué sin querer!

Entonces Morton soltó el brazo de Jorge, dió un brinco, penetró en el sótano y se irguió ante Lambert atónado:

—Paul Lambert: detenga a usted en nombre de la ley por el asesinato de la joven Cleda.

—Sí, sí — balbuceó Lambert. — Confesaré, confesaré . . . Pero sé que estoy aquí, sé que de este horrible lugar . . . ¡Ah, de a cualquier modo!

Jorge, que había entrado al sótano detrás de Morton, contemplaba la escena sin comprender palabras. Y cuál no sería su perplejidad cuando al acercarse al cuerpo extendido en el suelo, vio que el ladrón abría los ojos y se incorporaba tranquilamente, limpiándose con un pañuelo las manchas de sangre que enrojecían su cuello.

—¿Qué es esto? — sólo atinó a murmurar Jorge.

—Ya le explicaremos, amigo — respondió Morton. — Pero subamos.

Una vez arriba, en la habitación por donde Lambert había asomado al sótano, Morton tomó una hoja de papel y un lápiz, se los entregó al sabio y le dijo:

—Es preferible que escribas, señor Lambert.

Lambert aceptó el papel y el lápiz con una sonrisa. «Quizá el sabio pensaba que la confesión de un crimen era preferible al tormento de una prueba con su trágico y doloroso secreto.

El poema de las manos heroicas

por J. DIAZ FERNANDEZ

Este fué un poderoso rey de la Edad Antigua, que llegó a ser monarca después de bandolero. Tenía hosco el semblante y la mirada ambigua, y con sangre de víctimas daba brillo al acero.

El rey estaba loco de amor de una bella princesa, lujas de otro monarca destronado, la cual no sé si era ángel, rosa o estrella. Y la princesa odiaba al rey enamorado.

Este, para colmar su rabia desatada, hundió en un calabozo al padre de su amada y le condenó a muerte lo mismo que un villano . . .

Luego, con la presencia perfumada de un pajé, a la pobre princesa envió este mensaje: "O mató a vuestro padre, o me dais vuestra mano."

El rey, fevaz, pateó por las estancias rojas de su viejo castillo, donde no hubo otra ley que matar al vencido y despertar congojas en los que no quisieron obedecer al rey.

El espera cumplida respuesta a su mensaje. Una niña no puede doblar su voluntad . . . Por eso, cuando entra gentil y alado el pajé, un surco de triunfo le ilumina la faz.

El servidor conduce un cofre diminuto, tan bello como los que tallaba Benvenuto, y trezando una venia se lo da al soberano . . .

Este, sorriendo siempre, lo abre y palidece. ¡En el fondo del cofre, entre sedas, se mece de la linda princesa, cernecada, una mano!

Mientras tanto, Morton se había apartado a un rincón con los otros dos hombres. Y antes de que Jorge pudiese formularle pregunta alguna, dijo:

—Permitame, Jorge, presentarle a mi amigo el señor Charles Marcel. No, no lo mire usted tanto . . . Quizá no lo reconoce si quiere a encontrarlo en la calle. Charles Marcel es un artista admirable. Ha simulado una caída magistral y ha sabido caracterizarse en forma de poder ser confundido, en la penumbra, con una mujer . . . ¡Ja, ja! . . . Como no lleva saeo ni chaleco, su camisa blanca pudo parecer una blusa femenina. Y ese enmarañado cabello rubio es, sencillamente una peluca.

Jorge volvió los ojos a Morton, desconcertado. El detective continuó:

—¿Recuerda usted la escena de la confitería? Lambert va allí con frecuencia, a tomar el aperitivo. Ahora bien: nuestro sabio tiene extraordinariamente desarrollado el sentido del oído. Por eso le contó a usted toda la historia: para que Lambert la oyese y se tranquilizara creyendo que nuestra presencia en la confitería no tenía otro objeto que el de vigilar al señor Marcel, presunto espía y ladrón internacional. Los días siguientes me dediqué a estudiar bien el asunto y, por último, resolví que esta noche hiciésemos la comprobación que, como usted ve, ha dado el resultado más admirable. Marcel representó su papel a las mil maravillas.

Terminada su explicación, Morton se acercó al sabio. Este le entregó la confesión escrita, que el detective leyó pausada y tranquilamente.

He aquí, más o menos, la explicación contenida en el papel:

"El crimen había sido motivado, sí, por un romance de amor. Pero los personajes de ese romance no eran Ronsard y Cleda, sino ésta y su padre adoptivo Lambert. Cleda, débil, había accedido a las instancias amorosas del sabio, aunque sin profesarle verdaderos amor. Lambert, a su vez, no veía en la muchacha una posible compañera de toda su vida, sino una simple amada. Cuando Cleda le exigió que se casase con ella, Lambert comprendió la gravedad de su situación. El debía consagrarse por entero a su ciencia, al bien de la humanidad; no podía aceptar ningún lazo que lo atase para siempre a una mujer; el matrimonio no conducía con su temperamento hosco, solitario. Cleda, dominada de pronto por los malos instintos heredados de los crueles padres que no habían vacilado en dejarla abandonada en la calle, odió desde entonces a Lambert con todas sus fuerzas y varicó el propósito de vengarse. Un día amenazó a Lambert. Le dijo que lo mataría.

"Lambert tomó la amenaza como un recurso para amedrentarlo y obligarlo a casarse con Cleda. Por observando la conducta de su hija adoptiva, comprendió que debía estar en guardia. Por último, como la joven le declaró que estaba dispuesta a divulgar su infancia y entregar su nombre al desprecio de la gente, Lambert concibió un plan que le permitiría salvar su mayor tesoro: el prestigio de su famoso apellido.

"Una noche bajó con Ronsard al sótano, para seguir en sus experimentos. Aprovechando un descuido de su ayudante, le clavó un cuchillo en el pecho. Cuando hubo

consumado la muerte de Ronsard, apagó la luz y trepó las escaleras, yendo en busca de Cleda, a quien invitó a continuar los experimentos interrumpidos por la tarde. Cleda, ajena a cuanto había sucedido, bajó con él al sótano.

"Lambert prendió la luz. La muchacha lanzó un grito de terror al descubrir el cadáver de Ronsard. Lambert se fingió igualmente espantado, se inclinó sobre su ayudante, le auscultó el pecho, se irguió, miró fijamente a Cleda, que había permanecido paralizada de miedo junto a la escalera, y le dijo:

—¡Cleda! . . . ¡Has matado a Ronsard!

—¿Yo . . . ?

—Tú, sí . . . Nadie ha entrado en esta casa . . . Estamos solos . . . ¡Cleda! . . . ¡Cleda! . . .

Cleda clavó en Paul Lambert sus ojos, más prefundados de odio que nunca, y le contestó gravemente:

—Entiende, canalla . . . Has matado a Ronsard y te encargas de fingirte el dolor y el desprecio de todos. ¡Ya sé! . . . Dirás que lo maté porque me había seducido . . . ¡Y te creerán, porque eres un sabio, porque eres un hombre consagrado al bien de la humanidad! . . . ¡Ah canalla! . . .

Cleda no se equivocaba. Había adivinado el infame propósito de Lambert.

Ciega de ira, avanzó rápida, recogió el cuchillo cónico junto al cadáver de Ronsard y se encorvó furiosamente. Lambert retrocedió asustado. Cleda se precipitó hacia él, enrobarlo el cuchillo ensangrentado. Se trabaron en lucha. De pronto, Cleda cayó, golpeándose la cabeza contra la escalera. El sabio, trémulo, gemió:

—¡Cleda! ¡Cleda! . . . ¡Fué sin querer! . . . ¡Fué sin querer!

No me asustes, levántate . . .

Después de haberse comprobado que también Cleda había muerto, medió largamente lo que debía hacer, y llamó a la policía. Contó la historia del supuesto amor entre Ronsard y Cleda. Todos le creyeron a pie juntillas. ¿Quién se hubiera atrevido a dudar de Lambert, del renombrado y humanitario sabio? Nadie . . . excepto el increíble detective Morton.

El resto estaba claro. Morton había el papel y le guardó en el bolsillo. Luego dijo a Lambert:

—¿Quiere tener la bondad de acompañarme, señor?

Lambert accedió con una inclinación de cabeza y se dirigió hacia su dormitorio. Morton lo detuvo con una mirada de interrogación.

—¿Qué me quieres, señor? — explicó Lambert. — Y si ustedes me permiten, me quitaré este saeo de entrecasa para ponerme uno de calle.

—Como guste . . . Algunos minutos después, el sabio regresó junto a los detectives. Parecía muy un poco más pálido, pero estaba sereno:

—Cuando ustedes gusten. A la mañana siguiente, Lambert estaba enfermo y postrado. Requiere la presencia de un facultativo, éste diagnosticó: enfermedad del sueño. Dos días después Lambert murió.

Al entrar en su dormitorio en busca del saeo y del sombrero, se había inyectado un líquido que contenía el germen de la enfermedad a cuyo cultivo dedicara veinte años de su vida.

Hé aquí los errores del dibujante:

El automóvil no tiene volante.

En la vitrina cuyo rótulo dice "Sombreros", sólo hay calzados.

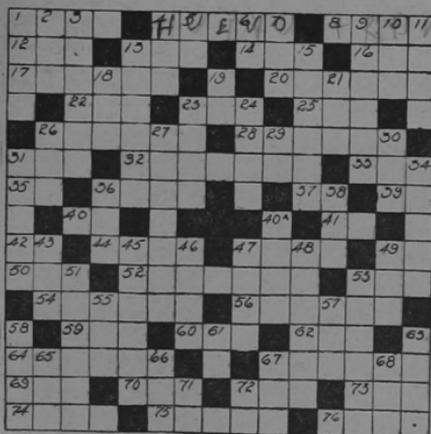
Los anuncios que lleva el anciano, no están suspendidos de sus hombros.

Los roles del tranvía desaparecen bajo el edificio.

La flecha indicadora del viento, apunta dirección contraria al humo.

Los edificios en ambos lados tienen el mismo número.

ROMPECABEZAS



Léase horizontalmente:

Léase verticalmente:

- 1.—Tiene bastante sitio.
- 4.—Lo ponen las gallinas.
- 8.—Ferrocaril.
- 12.—Atrese.
- 13.—Marchan.
- 14.—Entregad.
- 16.—Animal feraz.
- 17.—Población.
- 20.—Isla del Asia.
- 22.—Pronombre.
- 23.—Compañía (abrev.)
- 25.—Astro.
- 26.—Título para una mujer.
- 30.—Comparativo de superioridad.
- 81.—Comparativo de superioridad.
- 82.—Pariente.
- 83.—Subjuntivo de "ser".
- 35.—Artículo (inglés).
- 36.—Para remar.
- 37.—Consonantes de nuevo.
- 89.—Artículo masculino.
- 40.—Pronombre.
- 41.—Contracción.
- 42.—Nota musical.
- 44.—Vocal griega.
- 47.—Desigño.
- 49.—Pronombre.
- 50.—Arbol (inglés).
- 52.—Además.
- 53.—Falta de.
- 54.—Celebrada.
- 56.—Mismo.
- 59.—Adverbio de cantidad.
- 60.—Perfido de tiempo.
- 62.—Baja.
- 64.—Pirles.
- 67.—Afan.
- 69.—Cabezas (abrev. inglés).
- 70.—Necesidad de beber.
- 72.—Existió.
- 73.—Efecto del resfriado.
- 74.—Se aventuren.
- 75.—Hablan.
- 76.—Comida de la noche.
- 1.—Bebida del Ecuador.
- 2.—De esta manera.
- 3.—Cofres.
- 4.—Tovo (inglés).
- 5.—Artículo indeterminado.
- 6.—Consonantes de vida.
- 7.—Colegio de Oregon (ab.).
- 9.—Arrolles.
- 10.—Demostrativo.
- 11.—Novena.
- 13.—Jarar, más "he".
- 15.—Quiereen.
- 18.—Subjuntivo de "dar".
- 19.—Conjunción.
- 21.—Unidad de química.
- 28.—Costoso.
- 24.—Enlazan.
- 26.—Santo (abrev.).
- 27.—Envies.
- 29.—Preposición (inglés).
- 30.—Nuevos estados europeos (abrev.)
- 31.—Pariente.
- 34.—Contrario de ningún.
- 35.—Expresé la alegria.
- 38.—Salen.
- 40.—Perebir.
- 43.—Espiritu de los bosques (inglés).
- 45.—Estación del año (plural).
- 46.—Imperativo de "amar".
- 47.—Para fumar.
- 48.—La noche anterior.
- 49.—Hernano de su padre.
- 51.—Suicides.
- 53.—Es sensible.
- 55.—Extensión de agua.
- 87.—Patria menos "a".
- 58.—Número.
- 61.—Imperativo de "ir" (pl.).
- 63.—Substancia.
- 65.—Pronombre (abrev.).
- 66.—Desco de beber.
- 67.—Sin embargo.
- 68.—Preposición.
- 71.—Habla.
- 72.—Crecencia.

(La solución la semana entrante.)

Las numerosas familias de papagayos

En todo el mundo hay casi sesenta clases diferentes entre papagayos, cacatúas y loros; se reconocen por su fuerte cuerpo, pico corto, cabeza redonda, ojos pequeños. Su cuerpo está cubierto de fuertes plumas de brillante y hermoso colorido. El verde es el color que más entra en su plumaje, alternando con el rojo, amarillo, naranja, azul o negro.

A pesar de su brillante colorido, son a menudo difíciles de distinguir estas aves. Se confunden fácilmente con las tonalidades del follaje de los lugares nativos. Las patas de estas aves son cortas, y los dedos llevan potentes uñas.

Existe una creencia muy extendida, según la cual es necesario bendecir la lengua de los papagayos para que puedan hablar (imitar el discurso humano). Esto no tiene fundamento y sólo puede ocasionar crueldades... Estos pájaros producen los sonidos por medio de un pequeño órgano conocido como siringa, situado en el extremo de la tráquea.

Estos pájaros se extrañan mucho de los tormentas y cuando el relámpago se presenta, huyen atemorizados a ocultarse.

La mayoría de los papagayos ponen los huevos en cavidades, en los árboles, donde los ejemplares jóvenes viven fuera de peligro; pero algunas especies varían esta costumbre. En la América del Sur, la variedad monje se junta a los otros ejemplares de su especie y construye una verdadera casa con departamentos, en la cual el macho permanece en una cavidad separada.

Existen algunas de estos tipos comunes: miden seis u ocho pies de diámetro y contienen varias cargas de madera.

Los papagayos son seres rutinarios que siguen un mismo género de vida. Al dormir, unos se cuelgan de los árboles y otros descansan en las ramas. No abandonan su cobijo hasta que el sol ha calentado el aire, y entonces vuelven, por parejas, en busca de alimento. Hacia el mediodía van en busca del agua y descansan durante el resto del día. Saben admirablemente el lugar donde el agua se encuentra.

Aun cuando son aves tropicales, también se encuentran ejemplares en las regiones frías. La variedad barones se encuentra desde la Patagonia al este de Magallanes, donde la nieve abunda casi todo el año. En Macquarie, más allá de Australia, en la latitud 57° sur, existe otro papagayo que vive en una región inhospitalaria.

El coche de Waterloo

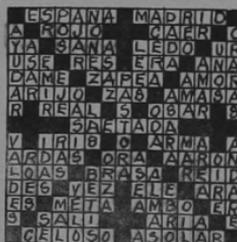
Este célebre coche, en el cual viajó el Emperador Napoleón I después de Waterloo, llegó a Mambert-Fontaine el día siguiente de la batalla, el 19 de Junio de 1815, hacia las cinco de la tarde.

Al detenerse, Napoleón mandó buscar por las aldeas vecinas algunos caballos con que reemplazar los que traía, que estaban muy fatigados. No se encontraron éstos ni fué posible ofrecer al Emperador nada más que "cuatro caballos invidados, de los cuales tres eran ciegos y uno, renego".

Con este tiro, guiado por un labrador llamado Nicolás Gillet, llegó a Waterloo a Mestreses a las dos de la madrugada.

El histórico coche se conserva en el castillo del conde Blucher, cerca de Ograva.

Solución del Rompecabezas de la semana pasada.



El Arte de Bien Comer

consiste tanto el preparar platos sanos y apetitosos, como en saber servirlos

Este ha sido siempre un problema para las amas de casa del mundo entero. Con objeto de facilitarles esta tarea hemos preparado un precioso librito de cocina impreso a todo lujo, con ilustraciones a colores que muestran cómo adornar los platos para presentarlos en forma más atractiva y apetitosa.



Dicho librito contiene infinidad de recetas fáciles de exquisitos postres y de platos deliciosos y nutritivos. Basta consultar el índice para tener una idea de como variar el menú diario de la familia o que preparar si se tienen invitados. Todas estas recetas han sido probadas por amas de casa experimentadas en el asunto y, por lo tanto, puede usted enyarlas en la seguridad de que el resultado será satisfactorio.

Este libro de recetas se manda enteramente gratis y tenemos un ejemplar a su disposición. Para obtenerlo basta que llene y nos envíe el cupon que aparece al pie.

CORN PRODUCTS REFINING CO.
Departamento de Exportación
17 Battery PL, New York City, U. S. A.

Nombre _____
Calle y No. _____
Ciudad _____
ESCRIBA CLARO

Oportunidad para ganar más dinero

tienen aquellos que hablan inglés. Aprenda en su casa en corto tiempo. El Método Universal, además de famoso, es fácil y práctico. Obtendrá espléndidos resultados desde las primeras lecciones. Mándenos su nombre y dirección y recibirá detalles de interés para el futuro.

EL INSTITUTO UNIVERSAL (D. 53) 1265 LEXINGTON AVE, NEW YORK.

EL BUEN HUMOR DE LOS DEMAS



— El. — ¿Se casaría usted conmigo?
Ella. — ¡Pero si usted no tiene ni para tomarme pañuelos!
El. — ¡Ah! ¿Pero es que piensa usted estar resfriada toda la vida?
(De *Aussie*, Sidney).



El dentista que trabaja conforme a la psicología de las mujeres.



— Disculpe: ¿no ha perdido su cartera?
— No... Aquí la traigo, gracias.
— Entonces, tenga la bondad de prestarme cincuenta céntimos.



— ¿Qué quiere decir esta anotación de tu carnet: "A Carmen, 50 francos"?
— Este... la entrada para la ópera "Carmen".
¡Me extraña que estás tan atrasada!
(De *Le Journal Amusant*, Paris)



SEÑAL DE NAUFRAGIO
¡Síguen viaje! O no nos han visto o creen que esta es un tren de lavado!
(De "Lustige Blaetter".—Berlin).

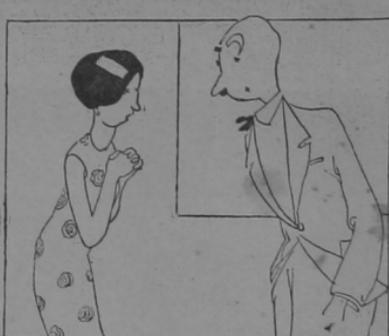


"Nuevos inventos para ver con toda comodidad las vidrieras."
(De *Judge*, Nueva York)



NINAS MODERNAS
"El tío, a su sobriñita, con cierta inquietud. — La verdad es que... yo esperaba otra cosa de esta obra. Temo que... no resulte una cosa muy a propósito para tu edad."
La sobriñita. — No te preocupes, tío. Posiblemente en el segundo acto será un poco más animada.

(De *Punch*, Londres).



— Ay, hijo: yo quisiera colocarme de telefonista.
— No creo que sirvas.
— ¿Por qué?
— Porque eres muy poco "comunicativa".